

# El juego de la Fortuna en el *Quijote* de 1605

Eduardo Urbina, Texas A&M University

Siendo historia, de manera tan insistente como deliberada, llama la atención que el *Quijote* lo sea no sobre un pasado, por remoto o imposible que fuere, sino sobre un futuro incierto, es decir, sobre aquello deseado y profetizado por el hidalgo manchego y nuevo caballero andante. Bien mirado y considerado el *Quijote* es la proyección de un deseo, profecía virtual más que recuperación de un pasado.<sup>1</sup> No extrañará por lo tanto que la Fortuna, como tema y motivo paródico, tenga una presencia vital y significativo papel en la creación del *Quijote*, de principio a fin.<sup>2</sup>

La historia se plantea internamente de manera condicional, o sea, suponiendo don Quijote que ha de contar en su tarea redentiva como caballero con las mismas condiciones y premisas que asistieron a sus modelos. Entre ellas se halla crucialmente la protección del caballero por parte de magos y encantadores amigos que le proveerán de los medios necesarios para llevar a cabo su misión.<sup>3</sup> Don Quijote anticipa buena fortuna en el cumplimiento de su misión desde su primera salida. No le asombra el encontrar enemigos o mundos contrarios, pero lo que sí le irá resultando de difícil aceptación será el no hallar armas con las que hacer frente a tal oposición más allá de su propia voz y memoria. De ahí la aplicación inmediata de los encantadores y el encantamiento, recurso tan bien aprovechado por la sobrina y otros a través de la historia.<sup>4</sup> Pero por debajo de lo que es y será el motivo del encantamiento se encuentra siempre el de la Fortuna, el cual ha quedado un tanto oscurecido en la polvareda mental de las aventuras de don Quijote.<sup>5</sup> El motivo opera gradualmente y en tres etapas en la primera parte: primero don Quijote se muestra consciente de la necesidad de verse acompañado de la Fortuna como un caballero de su valor lo merece (caps. 1–6); más adelante, a medida que se suceden los palos y fracasos ha de hacer frente al por qué de su insistente mala fortuna, ¿qué juego es este que le niega la victoria? (caps. 7–23). Finalmente, don Quijote ha de explicarse su fracaso sin otro remedio que descubrir y reconocer su victimización en los reveses de Fortuna (caps. 24–54).

Aunque nuestra atención se desvía desde el principio hacia atrás, hacia los libros de caballerías del hidalgo manchego como causas naturales de su condición (*pace* Carroll Johnson), lo cierto es que su existencia depende de la realización de un plan futuro en el que la aventura queda enmarcada por una sucesión de agentes, naturales y sobrenaturales, entre los que figura la Fortuna, y en cuyo empleo abundan la parodia y la ironía.<sup>6</sup> Sin duda lo que el *Quijote* es, y lo que don Quijote como personaje significa,

está en función de la presencia y papel en la ficción de la Fortuna como tema y motivo literario. El juego resultante consiste en la relación conflictiva entre el plan narrativo y los deseos del personaje, entre lo previsto y lo fortuito, y de ahí nuestro título. Se trata, sin embargo, de un juego de serias consecuencias para el personaje y su devenir, pero juego al fin y al cabo.<sup>7</sup>

Considérese para empezar que la falla principal del viejo hidalgo manchego de aldea, aquélla que caracteriza su locura como condición y como vivencia – el creerse caballero andante – va acompañada precisamente desde el momento inicial de su realización por una falta esencial y sintomática de buena Fortuna. La visión profética de futuro del hidalgo, su deseo de verse realizado históricamente como caballero andante libremente y por su misma voluntad, está de continuo en conflicto con su Fortuna en términos de la intención y estructuración paródicas del texto.<sup>8</sup>

Pero ni el imperativo del plan narrativo ni sus mismas acciones hacen propicia tal ayuda desde el comienzo de su carrera. Así, al considerar la necesidad de tener dama de quien enamorarse y a quien servir, don Quijote se muestra significativamente confuso sobre la dedicación de sus aventuras: ‘Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante [...]’ (I.77).<sup>9</sup> Tanto en la aventura de los molinos como en el encuentro con los frailes de San Benito, don Quijote atribuye confiadamente y de inmediato la ocasión de aventura a su fortuna: ‘La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear [...]’ (I.129). Pero al ver ambas concluidas en palos, don Quijote ha de reconocer tempranamente, a su pesar, la posible presencia de otras fuerzas, de otros agentes, que habrán de frustrar su fama y su proyectada historia; ya sea Frestón, enemigo encantador, figura misma del diablo, según lo afirmado por la sobrina, o la misma ‘gente endiablada y descomunal’ a la que desafía en el camino.<sup>10</sup> Habiendo cumplido el hidalgo manchego con tanta determinación como excesiva premura su deseo de verse hecho caballero andante para a llevar a cabo la misión a la que se cree destinado por el cielo y las estrellas, decide no ‘llevar otro camino que aquel que su caballo quería [...]’ (I.80). Es ésta una proposición varias veces repetida que, aunque ajustada a su modelo, le coloca en situaciones decididamente desventajosas y precarias. Asimismo excesiva resulta la confianza que pone al comienzo de sus aventuras en el sabio encantador, amigo favorable éste, que ha de ayudarle no sólo en el cumplimiento de sus deseos, sino a poner por escrito en un tiempo futuro sus hazañas. Don Quijote fuerza así al inicio de sus aventuras su Fortuna y estos excesos acabarán convirtiéndose no ya en sus pecados, sino en las bases determinantes de sus caídas al servicio de la parodia. El cincuentón hidalgo, que por edad y condición tan lejos se halla de encarnar la figura del caballero, este nuevo caballero sin otras mocedades que sus obsesivas lecturas, fuerza paródicamente él mismo la

Fortuna, por ejemplo, por la ‘gran falta’ de sus armas, por la debilidad de su rocín, por la imprudente urgencia de hacerse armar caballero ‘del primero que topase,’ por su impaciencia durante la vela de armas (dos horas), por la arrogante insistencia en descubrir su nombre aunque carece de fama, y como remate, por hacer ‘de golpe y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias,’ (I.75.83).<sup>11</sup> Y por supuesto, aun de mayores consecuencias será el satisfacer su necesidad de escudero en la persona de un labrador pobre y de ‘poca sal en la mollera’ (I.125).<sup>12</sup>

Don Quijote da gracias al cielo por la ocasión de adquirir fama que le ofrece su encuentro con Andrés, ‘felicísimo y alto principio’ de sus aventuras, pero la ironía narrativa que revela la ficción a sus espaldas, desmiente del todo su buena ventura. Sus solemnes palabras a Andrés – ‘cada uno es hijo de sus obras’ – resuenan con poderosa ironía señalando el débil cimiento sobre el que el atrevido caballero construye, al margen de la Fortuna, la promesa de su futuro.

Durante su regreso a la aldea y el escrutinio de la biblioteca del hidalgo Cervantes introduce de manera clara y definitiva el tema de la Fortuna adversa como motivo paródico de su plan narrativo. La necesidad de justificar tan repentina desaparición a base de fuerzas sobrenaturales, ‘todo se lo llevó el mismo diablo,’ (I.6,124), da paso a repetidas referencias sobre lo endiablado del lenguaje y origen de los libros de caballerías. No le cuesta gran trabajo a la juguetona sobrina relacionar tal agente con el encantamiento – clave del ataque contra la falta de verosimilitud de tales libros – ‘no era diablo [...] sino un encantador [...]’ (p.124). Don Quijote acepta de inmediato la razón de su desventura y las coordenadas del juego quedan expuestas: Dios-diablo, Providencia-Fortuna, sabio amigo-maligno encantador.<sup>13</sup> Don Quijote ‘anticipa su futura victoria andando los tiempos,’ y con renovada confianza pone en evidencia el alcance y naturaleza del juego: ‘mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado’ (p.124). Frestón le ganará en su primer encuentro, en el de los molinescos gigantes, pero todo es esperar ya que don Quijote no duda, no puede dudar de momento, que de su parte están los cielos. Sin embargo, tras la nocturna aventura con Maritornes, don Quijote propone que quizás ‘el envidioso cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos [...]’ le hizo sufrir aquel nuevo castigo. Curioso revés y palabras sin duda sorprendentes que señalan bien pronto la extrema confusión de don Quijote ante el juego de la Fortuna.

Para la aventura de los rebaños en el capítulo 18 los palos han sido tantos y las desventuras tan frecuentes que Sancho llega a maldecir ‘la hora y el punto en que la Fortuna se le había dado a conocer’ a don Quijote (p.224). Don Quijote por su parte se acoge de momento a la realidad circular de la Fortuna, ‘porque no es posible que el mal ni el bien sean durables [...]’ (p.225). Pero tanto es el dolor y la carencia, el desaliento es tan extremo, que no basta ya la confianza depositada en

una Fortuna variable, sino que se hace necesario romper su circularidad y remitirse al amparo seguro de la Providencia en términos más bien de experiencia inmediata y vida que de profética historia. Este nuevo don Quijote dista mucho del arrogante caballero o el 'pobre señor' de unas páginas antes. El juego y su castigo parecen haber surtido sus efectos cuando don Quijote predica a Sancho, citando del evangelio de San Mateo:

Sube a tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua; y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los injustos (p.226).

Estas palabras subrayan el final de su primera etapa transformativa a consecuencia de su encuentro con la Fortuna.

Pero como el mismo Sancho se apronta a observar, los cambios hasta aquí expuestos no se producen a consecuencia de las fallas constitutivas del hidalgo, de causas naturales, o ni siquiera a consecuencia de fuerzas sobrenaturales, sino que son simple resultado de errores de juicio, de causas externas particulares. De momento, su poca Fortuna será simplemente 'pena del pecado cometido' por don Quijote contra la caballería por no cumplir su juramento 'de no comer pan a manteles ni con reina folgar [...] hasta quitar el almete de Malandrino [...] (p.228). Don Quijote se suscribe de inmediato a esta creencia y queda con ello habilitado en su desventura para seguir apelando a Dios y los cielos. Así pues, al comienzo de la aventura de los batanes, para él guardada, don Quijote confirma el haber nacido 'por querer del cielo'; Dios es quien le ha puesto en 'tan no vista aventura' y quien le protegerá. Pero hasta aquí es donde llega la confianza y fidelidad de Sancho. A riesgo de verse abandonado, Sancho decide intervenir en el juego y ejercer él mismo las veces de dios, cielo y Fortuna. Ata las patas de Rocinante y juntando cielo y fortuna, explica a don Quijote 'que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar a la Fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón' (p.240). La confusión es obvia, y la gracia mayor. El descubrimiento del origen del ruido que ha dado lugar a tan elevadas razones y tan bajas burlas pone de manifiesto los nuevos horizontes de invención abiertos por el juego de la Fortuna.

La Sierra Morena, 'lugar acomodado para las aventuras que buscaba' don Quijote, ofrece un contrapunto y oportuno uso del motivo de la Fortuna. Los encuentros que allí suceden a partir de la aparición del desafortunado Cardenio constituyen un mundo en el que sí actúa la Providencia divina en favor de la virtud. Aunque se hace mención con frecuencia de la suerte y la Fortuna, el desenlace de las acciones obedece

en último término a la intervención de la Providencia. Así, en el ruego final a don Fernando se le advierte ‘Que considerase que, no acaso, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían juntado todos en lugar donde menos ninguno pensaba [...]’ (p.453). En la venta, como en el mismo cielo, ‘se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra’ (p.456), y allí, significativamente, don Quijote es figura ausente.

El mundo un tanto oscurecido y desplazado de la ficción quijotesca a partir del capítulo 23, queda además contaminando irremediabilmente por las burlescas ficciones y engaños que el cura y el barbero inician. A partir de entonces, no se trata ya del deseo profético de don Quijote sobre su proyectada historia y anticipada buena Fortuna, sino que las ficciones burlescas imparten al juego un nivel secundario en el que la Fortuna adquiere en gran medida un valor transcendental, ontológico, más allá del valor limitado del puro juego burlesco. Según los personajes, como agentes del plan narrativo, juegan con la relación de don Quijote y su Fortuna, las acciones y afirmaciones de éste adquieren un carácter marcadamente reflexivo que al nivel de la trayectoria del personaje tienen su culminación en la segunda parte donde se habrán de convertir en la nueva sustancia de la historia.

Sancho no tarda en apreciar el desvío al preguntar a don Quijote: ‘¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino [...]?’ (p.302). La respuesta no se hace esperar y el consiguiente descubrimiento, incitado el caballero por el lugar, la situación y la condición de Cardenio, revela el esfuerzo de don Quijote por hacerse, dadas las nuevas circunstancias, verdadero artífice de su futuro, de su propia Fortuna. Allí, en aquella soledad protectora imitará a Amadís y enviará a Dulcinea testimonio de sus quejas a través de Sancho; singular proyecto de hazaña que renueva los ánimos del escudero, y que aparece subrayado precisamente por el lenguaje de juego: ‘de tal manera podría correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro [...]’ (p.303). Es decir, en el juego todo puede ser, aun al revés, como tiende a ocurrirle a don Quijote, y por ello que se apreste a asegurar a su escudero lo inestable de las acciones en las que participan, ya que entre ellos, insiste, andan siempre ‘una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan [...]’ (p.306-7). Y precisamente, confirmando sus esperanzas, Fortuna favorable será lo ocurrido en el caso del yelmo, aunque don Quijote lo llame ‘rara providencia del sabio que es de mi parte’, que hará parecer bacia lo que es real y verdaderamente el yelmo de Mambrino.

El encuentro entre el cura y don Quijote no es fortuito, es decir, no es casual en el sentido que lo es su encuentro con Andrés, por ejemplo, sino que obedece a un plan narrativo, a una voluntad autorial que busca llevar a cabo la ficción a que da principio la parodia en términos renovadamente burlescos. Por otra parte, podría afirmarse que en el desarrollo del motivo que nos ocupa tales encuentros y aventuras obedecen

a lo que quisiera denominar *providencia narrativa*. La providencia narrativa, en contraste con la Providencia Divina recreada en las historias de Cardenio, Dorotea, Luscinda, don Fernando y el cautivo, se caracteriza por lo singular de su origen y función. Proviene como causa de la voluntad de un personaje y tiene como fin el controlar las acciones de otro. Se propone el engaño y aun la burla y da lugar a realidades ficcionales secundarias. No existe en la parodia para premiar la virtud del personaje y encaminarle a su buen fin, sino para marcar su desvío y castigar su falta.

Cuando Sancho se preocupa sobre el buen resultado que habrá de traerles la aventura de Micomicona vemos cómo la providencia narrativa que tiene su origen en el cura pervierte el sentido de la Fortuna y del anterior juego en que han tomado parte caballero y escudero: 'si la Fortuna rodease las cosas de manera que a mi amo le viniese en voluntad de ser emperador, sino de ser arzobispo [...]' (p.325). He aquí cómo el 'pensamiento muy acomodado' del cura opera como providencia inclusiva en la narración, como providencia narrativa, en contra de la Fortuna anticipada por el ingenioso caballero y de la ausente 'providencia del sabio' que don Quijote imagina de su parte, y aun de los cielos en los que en último extremo confía. El venturoso encuentro con Micomicona es parte de un plan y de una providencia narrativa ajenos a sus caballerescas intenciones. Para Sancho la princesa es 'como llovida del cielo' (p.378), observación que acentúa a su vez el nivel burlesco del encuentro. La transformación paródica de la Fortuna es ya tal que no asombra el que el cura se avenga a denominar a don Quijote 'desventurado hidalgo' (pp.380-81).

A pesar de todo, don Quijote insiste y se esfuerza en perpetuar su deseo, la visión profética de historia, su Fortuna, aquella misma generada por su concepción del futuro en conexión con la frustrada visita de su escudero a El Toboso. Al verse a solas con Sancho observa de manera inocente pero reveladora la dependencia y papel central que juega la Fortuna en su mundo: 'pues la Fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes hacerme con tan buenas nuevas' (p.379). Entendamos, sin embargo, que tal Fortuna ha sido sustituida por la providencia narrativa a dos niveles: al nivel de Sancho mismo y sus intereses al margen de la caballería, y al nivel del cura y el barbero y la ficción secundaria del regreso. Hasta aquí llega la segunda etapa de la evolución de don Quijote y el motivo de la Fortuna.

Don Quijote reaparece en la venta varios capítulos más tarde maldiciendo él mismo la Fortuna ante la pesada burla de Maritornes. Se queja entonces del encantamiento que sufre, de su hado, y aun del 'mal influjo de las estrellas' (pp.529-30). El narrador en esta ocasión se apresta a señalar que don Quijote 'engañoso mucho en su creencia', porque, claro, no es ya la Fortuna quien impide su gloria y fama sino una nueva fuerza ficcional de carácter burlesco que juega y frustra su ventura dejándole dolorosa y vergonzosamente suspenso y expuesto.<sup>14</sup>

Queda tan sólo por causar efecto la intervención de la providencia narrativa en la resolución final del plan de regreso. La burlesca profecía de su matrimonio con Dulcinea abre un horizonte burlesco de su potencial futuro mientras que la burla final de la jaula desemboca en su definitiva Fortuna: molido, cansado y encantado regresa al mismo punto del que partió tan confiado y arrogante a hacer realidad su deseo y realizar su profético su destino. Don Quijote cree todavía en los momentos finales de la historia en su dependencia del ‘sabio encantador que mis cosas tiene a cargo’, pero para su suprema desventura el único sabio que manipula su futuro, su Fortuna y su historia como providencia narrativa, se ha convertido en una sucesión de múltiples ‘sabedores’, y lo que éstos se traen entre manos no son las cosas de don Quijote sino sus propios asuntos.

Como si sintiera aproximarse el fin de la Fortuna y su cruel juego, don Quijote se aviene por fin en los últimos capítulos de la primera parte a Dios y a su Providencia, como causa externa sobrenatural y único agente confiable. Sancho es quien primero proclama al cura la posibilidad de un nuevo juego, ‘que la rueda de la Fortuna anda más lista que una rueda de molino [...]’, pero poco después será el mismo don Quijote quien en su presente desgracia, hablando nada menos que con Rocinante, declare su esperanza final en Dios ‘y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos’, y añada dualmente que espera ‘favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino’ (p.586). Así, desencantado hasta cierto punto de su inicial Fortuna, y abandonado por el sabio encantador que había de protegerle, don Quijote sitúa su esperanza en Dios y su Providencia; fuerza sin duda superior a la del malicioso encantador que le persigue encarnado en los agentes de la providencia narrativa. Resuelve en conclusión, tras verse doblemente molido por el cabrero y por los disciplinantes, que ‘será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.’ Estas han de ser las últimas palabras pronunciadas por don Quijote en la primera parte. No obstante, queda aún la esperanza y deseo de hallar lo que la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, es decir, la tercera salida relatada por el ‘autor desta nueva y jamás vista historia’, y con ella el anticipo de la renovación del juego en el que la oposición entre Fortuna y Providencia habrá de resolverse tan feliz como definitivamente.<sup>15</sup>

## NOTAS

- <sup>1</sup> El presente estudio se remonta modestamente a lo observado por John J. Allen primero en su Fordham Lecture de 1978 y recogido luego en ‘The Providential World of Cervantes’ Fiction’, *Thought*, 55 (1980), 184-95, y en ‘Don Quixote and the Origins of the Novel’, en Michael D. McGaha

- (ed.), *Cervantes and the Renaissance* (Newark, DE: Juan de la Cuesta, 1980), pp.125–40. Véase también el artículo de Celso Bañeza Román, ‘La Providencia divina en Cervantes’, *Anales cervantinos*, 28 (1990), 219–30. Sobre la ausencia de pasado de don Quijote y el orden temporal de su historia véase Eric MacPhail, ‘Uses of the Past: Prophecy and Genealogy in *Don Quijote*’, *Cervantes*, 14.1 (1994), 61–74. Nelson Orringer analiza el *Quijote* desde una perspectiva nueva como crítica del tiempo malgastado en ‘*Don Quixote* and the Dial of Living: A Critique of Time Consumed’, *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, 2.2 (1994), 105–30.
- <sup>2</sup> Punto de partida inevitable de todo estudio sobre la Fortuna es aún Howard R. Patch, *The Goddess Fortuna in Mediaeval Literature* (Cambridge: Harvard University Press, 1927; reimpresso New York, Octagon, 1967). De particular interés en relación con las ideas y actitud de Cervantes sobre la Fortuna es lo observado por Ellen D. Lokos en su libro *The Solitary Journey: Cervantes’s Voyage to Parnassus* (Nueva York: Lang, 1991), esp. pp.154–82. Véase asimismo todo lo observado sobre la Fortuna en los romances y en el *Quijote* por Edwin Williamson en su estupendo libro *The Half-way House of Fiction: Don Quixote and Arthurian Romance* (Oxford: Clarendon Press, 1984), esp. pp.31–32.
- <sup>3</sup> Sobre la magia o ausencia de ella en el *Quijote* véase el excelente estudio de Judith Whitenack, ‘*Don Quixote* and the Romances of Chivalry Once Again: Converted *Paganos* and Enamoured *Magas*’, *Cervantes*, 13.2 (1993), 61–91.
- <sup>4</sup> Además de las todavía válidas observaciones de Richard Predmore sobre el encantamiento en su ya clásico *The World of Don Quixote* (Cambridge: Harvard University Press, 1967), conviene ahora consultar al respecto Howard Mancing, *The Chivalric World of Don Quijote: Style, Structure and Narrative Technique* (Columbia: University of Missouri Press, 1982); Peter Russell, *Cervantes* (Oxford: Oxford University Press, 1985); E.C. Riley, ‘*Don Quixote*’ (London: Allen & Unwin, 1986); Daniel Eisenberg, *A Study of ‘Don Quixote’* (Newark, DE: Juan de la Cuesta, 1987); y Luis A. Murillo, *A Critical Introduction to ‘Don Quixote’* (New York: Lang, 1988).
- <sup>5</sup> Véase en particular Eduardo Urbina, “‘En alas de deseo’: el motivo de los altibajos en el *Quijote*’, *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, 2.2 (1994), 87–104 y el magnífico artículo de Eric Ziolkowski, ‘*Don Quixote*’s Windmill and Fortune’s Wheel’, *Modern Language Review*, 86 (1991), 885–97.
- <sup>6</sup> Carroll Johnson, *Madness and Lust: A Psychoanalytical Approach to Don Quixote* (Berkeley: University of California Press, 1983). Sobre esta perspectiva véase ahora la colección de estudios editada por Ruth El Saffar y Diana de Armas Wilson, *Quixotic Desire: Psychoanalytic Perspectives on Cervantes* (Ithaca: Cornell University Press, 1993).
- <sup>7</sup> Anthony Cascardi en *The Bounds of Reason* (New York: Columbia University Press) considera a Cervantes un novelista antiepistemológico (p.xi) y a don Quijote como a un personaje sin mente (p.35), por lo tanto lo que conoce o llega a ser está fuera de la razón, ‘knowledge is justified belief’ (p.25); véase también Anne J. Cruz, ‘*Don Quixote*’s Disappearing

- Acts: Structural Unity and Character Transformations in *Don Quixote*', *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, 1 (1992), 83-99 sobre la evolución del personaje en la *Segunda parte*.
- <sup>8</sup> Cesáreo Bandera, 'Individual Freedom and the Providential Rescue Pattern in Cervantes', Fordham Lecture 1992. Agradezco a mi colega y amigo el haberme facilitado copia de su erudita conferencia.
- <sup>9</sup> Cito por la edición de Luis A. Murillo (Madrid: Castalia, 1978).
- <sup>10</sup> Sobre la figura del diablo en el *Quijote* hay algo en Michael D. Hasbrouck, 'Posesión demoníaca, locura y exorcismo en el *Quijote*', *Cervantes* 12.2 (1992), 117-26, y bastante más en un estudio de Hilaire Kallendorf sobre el exorcismo en Shakespeare y Cervantes y don Quijote como personaje poseído por el diablo, de próxima aparición en *Renaissance Studies*. Véase también en el mismo número de *Cervantes* el artículo más general de Mauricio Molho, "El sagaz perturbador del género humano": Brujas, perros embrujados y otras demonomanías cervantinas', pp.21-32.
- <sup>11</sup> Sobre las 'mocedades' de don Quijote, véanse Juan Bautista Avallé-Arce, 'El nacimiento de un héroe', en *Don Quijote como forma de vida* (Madrid: Castalia-Fundación March, 1976) 60-97, y E. Urbina, 'Don Quijote como *puer-senex*', en *Principios y fines del 'Quijote'* (Potomac, MD: Scripta Humanistica, 1990) pp.152-64.
- <sup>12</sup> Arriesgado resulta siempre al enfrentarse a un texto irónico-burlesco como el *Quijote* intentar buscar claves consistentes para su interpretación, aunque se trate de una tan omnipresente y fiable como la Fortuna. Pero particularmente fallido en este caso es el extrapolar citas ignorando el contexto paródico de la narración y su desarrollo narrativo. Esto es sin embargo lo ocurrido en el caso de la Fortuna donde dos citas universalmente repetidas ('Cada uno es hijo de sus obras' [I.4,43] y 'Cada hombre es artífice de su fortuna' [II.66,943]) sirven para evidenciar no sólo su sentido en la historia sino la postura de Cervantes. Caso diferente es lo ocurrido en obras como *Numancia*, *Persiles* y *La fuerza de la sangre* en donde género e intención son bien manifestos y no interfieren igualmente la ironía y la parodia.
- <sup>13</sup> Imprescindible sobre la relación entre la Fortuna tejas arriba y tejas abajo es todo lo dicho por Otis H. Green en 'Fortune and Fate', *Spain and the Western Tradition*, 4 vols (Madison: University of Wisconsin Press, 1968) II, 279-337, esp. pp.302-12. Para el concepto de Fortuna en la época de Cervantes, véase también el estudio monográfico de Felipe Díaz Jimeno, *Hado y Fortuna en la España del siglo XVI* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1987). De especial interés es la bibliografía allí presentada.
- <sup>14</sup> Sobre este episodio véase el magistral estudio de Mary Malcolm Gaylord, 'The Whole Body of the Fable with All of Its Members: Cervantes, Pinciano, Freud', en *Quixotic Desire*, pp.117-34.
- <sup>15</sup> La continuación de este estudio ha aparecido ya en Edward N. Friedman y Catherine Larson (eds.), *Brave New Worlds: Studies in Golden-Age Literature* (Nueva Orleans: University Press of the South, 1996), pp.147-57, con el título, "'Vencedor de sí mismo": providencia y fortuna en *Don Quijote* (1615)'